



LLAMADA
DE MEDIANOCHÉ

INSTITUTO BÍBLICO ONLINE

El libro de Daniel

VOCERO DEL DIOS DE LA HISTORIA

EXPONE

Pablo López



Llamada de Medianoche Uruguay



+598 99 000 540



LlamadaWeb.org



CLASE 5

Temario de todo el curso

Introducción al estudio del libro.

- Contexto histórico, autor, fecha y temas principales.
- La autenticidad de Daniel.

Parte I.

Las vivencias de Daniel. Capítulos 1 a 6

- Capítulo 1. Mantener convicciones en un sistema absorbente.
- Capítulo 2. Marcar diferencias en un sistema incoherente.
- Capítulo 3. Mostrar denuedo en un sistema intolerante.
- Capítulo 4. Ministrar fielmente en un sistema impenitente.
- Capítulo 5. Mirar distante en un sistema irreverente.
- Capítulo 6. Militar irreprochable en un sistema intrigante.

Parte II.

Las visiones de Daniel. Capítulo 7 a 12.

- Capítulo 7. La visión de las cuatro bestias.
- Capítulo 8. La visión del carnero y el macho cabrío.
- Capítulo 9. La visión de las setenta semanas.
- Capítulo 10. La visión del varón vestido de lino.
- Capítulo 11. La visión de los reyes futuros.
- Capítulo 12. La visión del tiempo del fin.

Conclusión.

- El impacto de una trayectoria intachable.



2.1.4. Un Soberano Involucrado. 2:20-22

Hay un Dios en los cielos. Estas bien podrían ser las palabras clave del capítulo y hasta del libro. Ya se ha mencionado uno de los conceptos que Daniel establece con más claridad es la soberanía de Dios, y a eso apunta esta frase. El cielo era el hogar de los astros a los que los pueblos paganos rendían culto, pero el Dios de Daniel es “Dios del cielo” (2:19) y está “por encima de todos los cielos”. No era un título bonito, sino una realidad que estaba a punto de demostrarse de manera palmaria, porque mientras los agoreros paganos y sus deidades fueron incapaces de descubrir el misterio, el Dios de los cielos sí podía.

En estas palabras de alabanza, Daniel entreteje tres atributos divinos que sostienen la afirmación de su soberanía. Dios es omnipotente, omnipresente y omnisciente. Tiene todo lo necesario para hacer su voluntad y llevar adelante sus propósitos.

En primer lugar, “suyos son el poder y la sabiduría” (2:20). La sabiduría se asocia a la capacidad de tomar decisiones adecuadas, en Dios es “la comprensión infinita y perfecta de todo lo que es o pudiera ser”. Dios sabe exactamente lo que hay que hacer, pero además tiene el poder para hacer lo que se ha propuesto. Dios es omnipotente (todo lo puede). Dios es también la fuente de la verdadera sabiduría. Es él quien “da la sabiduría a los sabios, y la ciencia a los entendidos”. Hay una sabiduría en el mundo a la que Dios ha enloquecido, que es incapaz de comprender las cuestiones espirituales y genera toda clase de obra perversa. Pero en contraste, Dios provee sabiduría celestial abundantemente y sin reproche a todo aquel que se la pide (1 Corintios 1:18-24 y Santiago 3:13-18).

En segundo lugar, “Él muda los tiempos y las edades; quita reyes, y pone reyes” (2:21). La expresión significa que Dios conoce y controla lo que pasa en el mundo y que toda autoridad humana está sujeta a su soberana voluntad. Pablo también menciona este concepto en Romanos 13:1-2. Implica también la presencia permanente e inmutable de Dios por encima de todos esos cambios. Dios es Omnipresente.

Por último, “Él revela lo profundo y lo escondido; conoce lo que está en tinieblas, y con él mora la luz.” Para Dios no hay misterios y nada permanece oculto. Ante sus ojos “todas las cosas están desnudas y abiertas” (Hebreos 4:13) Dios tiene conocimiento absoluto y cabal de todo cuanto existe (1 Juan 3:20). Sabe si un pájaro cae a tierra y tiene contados los cabellos de cada cabeza, conoce a cada uno desde antes de nacer (Salmo 139:1-3; 15:16) y conoce los pensamientos antes de expresarlos (Salmo 139:4). Y sabe todo lo que ocurrirá, porque lo que ocurrirá es su voluntad. (Isaías 46:9-10). Dios es omnisciente.

Este Dios Todopoderoso, Omnipresente y Omnisciente no permanece aislado en su elevado trono, sino que se involucra en la historia y la experiencia de sus siervos: “A ti, oh Dios de mis padres, te doy gracias y te alabo, porque me has dado sabiduría y fuerza, y ahora me has revelado lo que te pedimos;



pues nos has dado a conocer el asunto del rey” (2:23). Daniel alaba y agradece al Dios de sus padres por revelarles el misterio. Pero no lo hace solo en el secreto de su dormitorio, ni con su grupo de amigos. También honra a Dios ante el rey, reconoce que puede interpretar el sueño porque Dios lo ha hecho posible.

La gratitud es un arma poderosa contra el orgullo. Reconocer que lo que podemos hacer es “la gracia de Dios con nosotros” aleja la jactanciosa pretensión de creer que tenemos algo que no hayamos recibido (1 Corintios 4:7). Bien dice el poeta del himno 383 “lo que somos y tenemos solo es nuestro en él”. No importa si es una vara como la de Moisés, una honda como la de David o la quijada de asno como la que usó Sansón. Porque lo que determina el resultado no es nuestra fuerza, ni nuestros recursos, sino el poder de Dios del cielo. No es con espada, ni con ejército. Sino por su Espíritu (Zacarías 4:6).

Nuestra responsabilidad es administrar fiel y eficientemente aquello que recibimos del Señor, para que al momento de rendir cuentas podamos escuchar las palabras “Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor” Mateo 25:23.

Algunas preguntas de repaso y reflexión

¿De qué manera las virtudes de Daniel son necesarias o aplicables en la vida cotidiana del creyente? Ejemplifique y argumente bíblicamente.

¿Qué tienes en tu mano? (Éxodo 4:2) Medita en lo que has recibido y cómo puedes usarlo, si aún no lo estás haciendo, para servir al Señor.

2.2. El significado del sueño.

El sueño de Nabucodonosor no solo sirvió para favorecer el acceso de Daniel y sus amigos a posiciones de influencia en el gobierno de Babilonia, sino para ofrecer una pieza clave para la comprensión del plan de Dios para la historia de la humanidad. Como veremos a continuación, la imagen grande y sublime que vio Nabucodonosor representa los imperios mundiales que dominarían el mundo, desde la perspectiva humanista, que se contrastará con la visión divina de los mismos imperios en el capítulo 7.

Daniel ya está constituido ante el rey, que miraba con escepticismo aquel joven deportado de Judá, que afirmaba poder declarar al rey aquello que ninguno de sus ilustres consejeros había podido descubrir. Pero aunque era capaz de semejante proeza, se preocupa por dejar claro que él apenas sería un vocero para el Soberano Dios de los cielos (2:30).

También quiere dejar claro que esas visiones tenían un propósito definido para Nabucodonosor. Había estado meditando sobre “lo por venir” y en ese marco tuvo este sueño en el cual, el Dios “que revela los misterios” quiso mostrar a este emperador pagano lo que el Soberano Dios de la historia iba

a realizar. Es importante destacar que Dios comunica mensajes claros y comprensibles, porque si bien la visión era una incógnita para Nabucodonosor, el Señor había previsto una persona para darle la interpretación.

2.2.1. La revelación del sueño (2:31-35).

El sueño que desveló al rey era la visión de una enorme figura humana, muy grande y sublime, hecha de diferentes materiales: “La cabeza de esta imagen era de oro fino; su pecho y sus brazos, de plata; su vientre y sus muslos, de bronce; sus piernas, de hierro; sus pies, en parte de hierro y en parte de barro cocido” (2:32-33). Su imponentia y belleza impactaron al rey, que la contemplaba fascinado.

Hasta que ocurrió un desastre. Una roca apareció de la nada, “cortada no con mano” y golpeó la imagen en la base y la hizo añicos. En un instante, el viento se llevó los fragmentos, de modo que pronto no quedó rastro alguno del oro, la plata, el bronce, ni del hierro con barro con que estaba hecha la imagen. Solo quedó aquella roca, que “fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra”. 2:35

2.2.2. El significado del sueño (2:36-45).

Ahora Nabucodonosor escuchaba con completa atención, porque el sueño que había tenido, si en verdad lo había olvidado, efectivamente era ese. La imagen enorme, la roca que la destruye, el monte que se forma... así lo había visto en esas noches de insomnio. Daniel prosigue su discurso sin hacer pausas dramáticas, explicando que el sueño era un mensaje de parte de Dios para el rey, en respuesta a las inquietudes sobre el futuro que él había mostrado.

Lo que el rey había visto era un gráfico de la historia mundial que cubría desde ese momento hasta el final de los tiempos. Cada sección de la imagen, identificada por los distintos materiales, representaba un reino que dominaría el mundo. Debe notarse que el epicentro de la historia bíblica es Israel, por tanto, estos imperios son los que se vinculan al área geográfica donde está el pueblo escogido. Por esa razón no se mencionan otros imperios, que si bien fueron históricamente importantes como chinos, hunos, mayas o aztecas, ocuparon otras regiones del mundo.

La historia humana puede dividirse en cuatro gobiernos mundiales, representados por la cabeza de oro, el pecho y los brazos de plata, el vientre de bronce y las piernas de hierro (incluyendo los pies mezclados con barro cocido), que llegarán a su fin por intervención divina, para establecer en su lugar un reino definitivo del parte del Señor Todopoderoso (la Roca que se hace monte y lo llena todo).





Una característica de la imagen de Nabucodonosor es la degradación del valor de los metales con que está construida. Empieza en una cabeza hecha de oro, el más valorado de los metales y termina en unos pies que son una mezcla de hierro y barro cocido. Existen varias propuestas para interpretar, a la luz de la historia, ese descenso de “preciosidad” de los metales. Una de ellas, que me parece la más acertada, es entenderlo como la pérdida de poder personal del gobernante de turno.

Es interesante notar que, aunque cada imperio es mayor que el anterior en cuanto a extensión, el poder de los mandatarios se reduce en proporción inversa. Nabucodonosor tenía autoridad absoluta y podía mandar matar a todos los sabios de su reino sin que nadie chistara. Pero si al rato cambiaba de parecer, nadie chistaba tampoco. En cambio, el Imperio Medo Persa ya no funcionaba así, de modo que Darío, no pudo evitar que se ejecutara una orden que el mismo había dado, porque la ley de Media y de Persia no podía ser abrogada así nomás (ver 6:12).

Este es el sueño; también la interpretación de él diremos en presencia del rey (2:36).

La cabeza de oro. 2:37-38 I El imperio Babilónico. (626 a 539 a.C.)

El imperio babilónico estuvo localizado en la región centro sur de Mesopotamia, con capital en la ciudad de Babilonia. Su historia se divide en dos etapas, separadas por un período de dominación Asiria. En 626 a.C. Nabopolasar (padre de Nabucodonosor) fundó una dinastía independiente, que se conoció como imperio neobabilónico o caldeo. Bajo su reinado y el de su hijo, Babilonia alcanzó la cumbre de su esplendor, convirtiéndose en una de las ciudades más importantes e influyentes de la historia, con sus famosos jardines colgantes (considerados una de las siete maravillas del mundo antiguo). En 539 a.C. Ciro de Persia conquistó Babilonia y comenzó su propio imperio, que terminó cayendo ante Alejandro Magno en el 330 a.C., año en que Babilonia fue destruida.

A diferencia de las restantes piezas de la imagen del sueño, la cabeza de oro no identifica a un imperio, sino a una persona. Aunque el imperio también está involucrado, Nabucodonosor es la cabeza de oro, él “es rey de reyes”. Él fue el artífice de aquel reino que llegó a conquistar la mayor parte del mundo conocido hasta el momento, del cual él era la autoridad suprema y su palabra se cumplía sin cuestionamientos. Tenía motivos para jactarse: ¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad? (4:30).



Sin embargo, Daniel le dice que todo ese “reino, poder, fuerza y majestad” que ostentaba no era en realidad un mérito personal, sino una concesión que el Dios del Cielo le había otorgado. Su reino no le pertenece, el orgulloso monarca era solo un engranaje dentro del gran plan de Dios. Este punto es clave para comprender los acontecimientos del capítulo 4 de Daniel.

Pecho y brazos de Plata. 2:39 I El Imperio Medo Persa (539-333 a.C.)

Nacido en la región situada al norte del golfo Pérsico, el imperio de Medos y Persas es considerado uno de los mayores de la historia, dominando territorios en tres continentes, desde Egipto y Turquía, hasta la India. Los medos se concentraban en el norte de la meseta de Irán, mientras que los persas habitaban al este del valle del Tigris. A mediados del siglo VI a.C., Ciro, de padre persa y madre meda, logró unir los dos reinos bajo su mando. Hasta entonces los medos habían dominado a los persas, pero Ciro, que había unificado primero las distintas tribus persas, se impuso y el Imperio quedó bajo el control de los persas.

Ciro convirtió a la ciudad de Susa en la capital del nuevo Estado y comenzó a anexar territorios vecinos. Conquistó el reino de Lidio en las costas del Asia Menor, que era famoso por su riqueza y por ser el centro de las rutas del comercio con Grecia. Luego, conquistó las ciudades griegas de Asia Menor y más tarde dirigió sus esfuerzos contra el



Imperio Babilónico, al que derrotó fácilmente, tomando Babilonia en 539 a.C. En el 333 a.C. Darío III, el último rey persa fue derrotado por Alejandro Magno, dando paso al dominio griego.

El pecho y los brazos de plata serían un reino que sucedería al de Nabucodonosor. Poco tiempo después, el Imperio Medo-Persa invadiría Babilonia, como se describe en el capítulo 5. No se dice ahora mucho más sobre este imperio, ni tampoco respecto a los griegos porque los capítulos 7 y 8 contienen profecías específicas respecto a ambos reinos. Solo se establece que será “inferior” al de Nabucodonosor. Ya que en cuanto a extensión territorial el medopersa será mayor, es posible inferir que el profeta se refiere a la autoridad del emperador, que ya no sería arbitraria, sino que sujeta a las leyes del país (ver 6:12).

Ventre de bronce. 2:39 I El Imperio Griego (333 a 146 a.C.)

Grecia estaba formada por un grupo de ciudades-estado que constantemente estaban en guerra entre sí, de las cuales las más famosas eran Atenas y Esparta. Sin embargo, se aliaron para enfrenar la común amenaza que suponía el imperio Medo Persa en lo que se conocieron como “guerras médicas” y que terminaron con las aspiraciones persas de conquistar Grecia. Posteriormente, volvieron los conflictos internos, hasta que en el año 337 a.C. Felipe II de Macedonia, padre de Alejandro Magno, al mando de un ejército poderoso y profesional, logró controlar toda Grecia.

Alejandro, poseedor de un talento militar innato, había sido designado comandante a la edad de dieciocho años. Fue él quien llevó las conquistas militares a nuevas alturas. Se convirtió en rey en el año 336 a.C. y dos años después cruzó el Helesponto con 45.000 hombres e invadió al Imperio Persa. Para el año 331 Alejandro había derrotado al Imperio Medo-Persa, el



emperador Darío estaba muerto y él era gobernante indiscutido de todo el Mediterráneo.

En el año 323, 12 años y 16.000 kilómetros de haber comenzado su campaña miliar, sólo la fatiga de su ejército y la prematura muerte de Alejandro, a los 32 años de edad, pudieron terminar con el avance Griego. Los territorios conquistados fueron repartidos entre cuatro de sus generales: Ptolomeo Lago gobernó en Egipto y Palestina; Seleuco Nicátor en Babilonia y Siria, Lisímaco en Tracia y Asia Menor; y Casandro en Grecia y Macedonia (ver Daniel 7:6; 8:8; 11:4)

Pese a lo breve de su reinado, Alejandro esparció la influencia de civilización griega por todo el mundo. Introdujo la lengua y cultura griegas en todos sus dominios, el griego koiné o común llegó a ser la lengua de intercambio en muchas naciones y eso contribuyó, tiempo después, a la rápida difusión del evangelio por la región del Mediterráneo.

En un esfuerzo por quitar el carácter profético a Daniel, los teólogos liberales pretenden distinguir entre Medos y Persas, de modo de colocar a Grecia como el cuarto imperio. Sin embargo, toda la evidencia, tanto interna como externa, apunta a que el “tercer reino de bronce” es Grecia, una clara alusión a un metal que los griegos utilizaban con excelencia. Y por lo tanto, el cuarto imperio es Roma.



Piernas de hierro. 2:40 I El imperio Romano. (509 a.C a 1453 d.C.)

Según la tradición, Roma fue fundada en el año 753 a.C. por Rómulo y Remo, personajes legendarios hijos de Rea Silvia y el dios Marte. Los mellizos fueron abandonados a orillas del río Tíber, donde fueron amamantados por una loba llamada Luperca (símbolo de Roma) y en ese lugar fundaron la ciudad. En realidad Roma fue fundada en forma progresiva varias tribus latinas en el área de las siete colinas, mediante la creación de pequeñas aldeas, que terminaron por fusionarse (siglos IX y VIII a.C.).

Cuando Daniel escribió su profecía Roma era una pequeña ciudad- estado, al estilo griego, gobernada por una monarquía, hasta que el año 509 a.C. Tarquinio el Soberbio, el último monarca, fue desterrado y se instauró la República Romana, con un gobierno ejercido por magistrados electos por asambleas de ciudadanos. Las distintas



necesidades políticas y económicas, llevaron a la expansión territorial, convirtiendo a la República primero en un estado territorial y luego en un vasto imperio.

La base de su poderío eran las legiones romanas, que fueron la fuerza militar más eficiente de la antigüedad, superando, incluso, a las extraordinarias falanges macedonias. Para mediados del siglo del siglo III a.C. toda Italia había sido conquistada por Roma. Durante los siglos III y II a.C. se lanzaron a la conquista el Mediterráneo, derrotando en las llamadas Guerras Púnicas, a la República de Cartago, un poderoso puerto fenicio ubicado en la costa de Túnez. Luego, Roma consolidó su presencia en España y Portugal. Entre 58 y 51 a.C., Julio César emprendió la conquista de las Galias (actual Francia y Bélgica), derrotando y sometiendo a las tribus celtas (a excepción de un pequeño pueblo en Armórica, poblado por un puñado de irreductibles galos... ;). Entre los siglos II y I a.C. conquistaron los estados helénicos salidos de la división del imperio de Alejandro Magno: Macedonia, Grecia, Siria, y Egipto.

La República Romana terminó en medio de grandes guerras civiles dando lugar al Imperio Romano. La evolución de la Roma imperial tuvo dos etapas: El Principado (siglos I y II d.C.) y el Dominado (siglos III y IV). Durante el siglo III Roma sufrió una larga crisis política pues la mayoría de los emperadores fueron asesinados o muertos en revoluciones y guerras externas, hasta que en el siglo IV el Imperio pareció renacer, al mando de Constantino el Grande, quien reordenó el Estado, decretó la libertad de culto y trasladó la capital del Imperio a Constantinopla.



En el siglo IV los pueblos germánicos avanzaban hacia el oeste. Teodosio logró reunir por última vez a todo el Imperio y vencer a sus competidores, pero luego volvió a dividirse para dar una respuesta más rápida a las diferentes amenazas militares. En el año 395 d.C. el Imperio se dividió en dos partes: el Imperio Romano de Occidente, con capital en Roma y el Imperio Romano de Oriente, con capital en Constantinopla. En el año 476 el último emperador de Occidente fue destronado por los bárbaros, poniendo fin al imperio de Occidente. En tanto, el Imperio Romano de Oriente existirá mil años más, hasta que en el año 1453, Constantinopla cayó en manos de los turcos otomanos.

Por su incomparable poderío militar y su férreo dominio de los territorios conquistados, Roma es sin lugar a dudas el cuarto reino “fuerte como hierro” y que “como el hierro desmenuza y rompe todas las cosas, desmenuzará y quebrantará todo”. Sin embargo, toda esa la fortaleza tiene una debilidad.

Pies de hierro mezclado con barro cocido. 2:41-43

La colosal estructura está asentada sobre una base enclenque, porque los pies que la sostienen son “en parte de barro cocido de alfarero y en parte de hierro”. Daniel explica que eso es figura de las divisiones internas del aquel reino, que lo hacían “en parte fuerte, y en parte frágil”. Si bien la historia da cuenta de las luchas intestinas de Roma, del papel trascendente que jugaron en su declive y posterior caída, no es ese todo el significado de la interpretación.

Al analizar el resto del libro, se puede afirmar que, a pesar del cambio de composición de los materiales en los pies de la imagen, los pies no pueden considerarse como un quinto imperio. El efecto, la visión del capítulo 7, habla de cuatro bestias que representan los mismos reinos (Babilonia, Medopersia, Grecia y Roma) pero mostrando, ya no la gloria y esplendor de la imagen que deleita a Nabucodonosor, sino el horror y la barbarie que se percibe desde la perspectiva de Dios.

Debe observarse además que ese cuarto reino permanece hasta la aparición de la piedra cortada “no con mano” y que representa a un reino definitivo, que consumirá los anteriores y tomará su lugar. Esto parece indicar que este cuarto imperio todavía existe en el tiempo presente, aunque en un estado de latencia. El estudio del capítulo 7 y sobre todo, la de la profecía de las “setenta semanas” proporcionará piezas adicionales para comprender la figura completa del plan de Dios para la historia humana.

La Roca 2:44-45

La piedra que aparece intempestivamente para golpear la imagen y desmenuzarla, borrando del mapa cualquier vestigio de su existencia, es claramente una referencia mesiánica: “El Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo” porque “permanecerá para siempre”. Se identifica con el reino glorioso del Mesías, ampliamente prometido en las Escrituras.



Algunos intérpretes sostienen que el golpe a la imagen fue propinado por Cristo en su primera venida, y que el reino al que se refiere es la iglesia. Sin embargo, esta forma de entender el texto no se ajusta a varios aspectos de la profecía: El Imperio Romano no estaba dividió en tiempos de Cristo, más bien se encontraba en el apogeo de su poder. Tampoco fue destruido por su llegada, ni por la acción posterior de los cristianos, ni la iglesia se convirtió en un reino que llenó toda la tierra de manera abrupta y final.

En su primera venida, el Mesías no vino para destruir, sino para salvar. Su propósito no era condenar al mundo, sino salvarlo. El suceso que describen estos versículos es, por tanto, aún futuro y se refiere a la segunda venida en gloria del Mesías, cuando regrese al Monte de los Olivos para establecer su reino, un reino que no será jamás destruido, y que luego de completar los mil años históricos, continuará para siempre en el Estado Eterno.

Para ver todo nuestro contenido visítenos en:

<https://www.llamadaweb.org/>

Le recomendamos conocer nuestra literatura disponible:

<https://www.llamadaweb.org/tienda/>

¡Síguenos en nuestras redes sociales!

